

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador
Departamento de Políticas Públicas
Convocatoria 2024 - 2025

Tesina para obtener el título de Especialización en Gestión de Proyectos de Desarrollo

EL LEVANTAMIENTO INDÍGENA DE 1990: REACCIONES Y TRANSFORMACIONES
SOCIALES EN LA PARROQUIA DE FLORES, PROVINCIA DE CHIMBORAZO

Ana Gabriela Garcés Berrones

Asesora: Maria Magdalena Pessina Itriago
Lectores: Esteban Andrés Moreno Flores

Quito, julio de 2025

Dedicatoria

A lo mejor y máspreciado de mi vida, mis padres Anita y Lenín

Índice de contenidos

Resumen	6
Agradecimientos	7
Introducción	8
Capítulo 1. Estados del arte y contexto histórico	12
1.1. Contexto político, social y económico del Ecuador en 1990	12
1.2. Conceptos clave	13
1.3. Influencia de la Iglesia en los movimientos indígenas.....	14
1.4. Reacciones institucionales y mediáticas	15
Capítulo 2. Dinámicas sociales y transformaciones en la comunidad de Flores	17
2.1. Impactos políticos del levantamiento	17
2.2. Transformaciones sociales y culturales	17
2.3. Dinámicas internas en la comunidad de Flores	18
2.4. Rol de la Iglesia en la comunidad	19
Capítulo 3. Voces de flores: testimonios y experiencias del levantamiento	21
3.1. Enfoque metodológico	21
3.2. Caracterización de los entrevistados	21
3.3. Testimonios y categorías emergentes	23
3.4. Limitaciones y consideraciones éticas	25
Conclusiones	26
Referencias	28

Lista de ilustraciones

Gráficos

Gráfico 3.1. Edad de las personas entrevistadas por género 23

Gráfico 3.2. Distribución de escolaridad por género..... 23

Tablas

Tabla 3.1. Caracterización sociodemográfica 22

Esta tesina se registra en el repositorio institucional en cumplimiento del artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior que regula la entrega de los trabajos de titulación en formato digital para integrarse al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador, y del artículo 166 del Reglamento General Interno de Docencia de la Sede, que reserva para FLACSO Ecuador el derecho exclusivo de publicación sobre los trabajos de titulación durante un lapso de dos (2) años posteriores a su aprobación.

Resumen

El presente estudio tiene como objetivo analizar las reacciones y transformaciones sociales, políticas y culturales generadas por el levantamiento indígena de 1990 en la parroquia de Flores, provincia de Chimborazo. Para ello, se exploran las dinámicas comunitarias antes, durante y después del levantamiento, el papel de la Iglesia Católica como mediadora y promotora del empoderamiento indígena, y la representación mediática del movimiento en periódicos locales. La investigación se enmarca en un contexto más amplio de luchas por la autodeterminación y la justicia social en Ecuador, con especial énfasis en la reconfiguración identitaria de los pueblos indígenas.

La pregunta central que guía esta investigación es: ¿Cómo impactó el levantamiento indígena de 1990 en las transformaciones sociales, políticas y culturales de la parroquia de Flores, provincia de Chimborazo, considerando las dinámicas internas de la comunidad, la influencia de la Iglesia Católica y su representación en medios locales? A partir de esta interrogante, el estudio se sustenta en un enfoque cualitativo, combinando entrevistas con actores clave, análisis de documentos históricos y revisión de fuentes periodísticas.

Los hallazgos evidencian que el levantamiento indígena de 1990 marcó un punto de inflexión en la organización política y social de la comunidad de Flores. Este evento consolidó la participación indígena en la arena política y fortaleció el liderazgo comunitario, especialmente a través de la CONAIE. Asimismo, el levantamiento permitió la reivindicación de la identidad indígena, promoviendo la revitalización del kichwa y de estructuras de organización basadas en la reciprocidad. La Iglesia Católica, a través del legado de Monseñor Leonidas Proaño y la teología de la liberación, jugó un papel crucial en la articulación del movimiento, aunque su influencia también generó cierta dependencia institucional.

A pesar de los avances, persisten desigualdades estructurales que limitan el pleno ejercicio de los derechos indígenas. La redistribución de tierras sigue siendo insuficiente, y la representación mediática del movimiento indígena ha oscilado entre la estigmatización y la romantización, dificultando la consolidación de un discurso propio. En este contexto, se destaca la necesidad de fortalecer mecanismos de autodeterminación y participación política autónoma.

Agradecimientos

A mis papás,

Por ser mi fuerza y motivación todos los días, por nunca dejarme sola y siempre buscar mi bienestar. Gracias por los valores que me han inculcado, por su amor y dedicación, por permitirme hacer mi propio camino. Ustedes son mi mayor ejemplo y orgullo.

A mi tutora,

Dra. María Pessina por su paciencia, entrega y consejos en la elaboración de mi trabajo de titulación.

Sin ustedes nada de esto hubiera sido posible, Gracias por siempre ser y estar.

Introducción

El presente estudio tiene como objetivo general analizar las reacciones y transformaciones sociales, políticas y culturales generadas por el levantamiento indígena de 1990 en la parroquia de Flores, ubicada en la provincia de Chimborazo del cantón Riobamba, durante el periodo comprendido entre 1990 y 2000. Para ello, se busca examinar las dinámicas dentro de la comunidad antes, durante y después del levantamiento, identificar el papel que desempeñó la Iglesia Católica como mediadora y promotora del empoderamiento indígena, analizar las representaciones mediáticas del movimiento en periódicos locales y evaluar las transformaciones a largo plazo en la estructura social de la parroquia.

La pertinencia de enfocar este estudio en Flores radica en su carácter simbólico y estratégico dentro de la geografía de la resistencia indígena. A pesar de que la provincia de Chimborazo ha sido ampliamente reconocida por su participación activa en los procesos de movilización indígena, la parroquia de Flores ha permanecido relativamente invisibilizada en los estudios académicos, a pesar de su papel destacado en las acciones de protesta y organización comunitaria. Flores representa un microcosmos donde convergen múltiples dimensiones del conflicto: la tenencia de la tierra, la identidad cultural, la educación intercultural y el rol de las instituciones religiosas en la politización del sujeto indígena. Al analizar este territorio, se hace posible acceder a una mirada más localizada y compleja de las transformaciones estructurales que generó el levantamiento, más allá del relato nacional o de las grandes confederaciones.

Este enfoque permite aportar de manera original al debate académico sobre los movimientos indígenas en América Latina, al centrarse en las consecuencias concretas de la movilización en una comunidad específica, y no solo en los logros simbólicos o políticos a nivel nacional. En este sentido, se plantea que el caso de Flores evidencia procesos singulares de reorganización social, renegociación del poder local e intervención de actores como la Iglesia, que no han sido suficientemente abordados en la literatura especializada sobre los levantamientos

indígenas en Ecuador, como la de Kaltmeier (2008), Martínez Novo (2014) o Becker (2011), que tienden a centrarse en dinámicas macro o en actores nacionales.

En este contexto, las entrevistas desempeñan un papel crucial para rescatar testimonios directos que aportan una visión más profunda sobre los efectos del levantamiento indígena en Flores. Una de las entrevistas clave dentro de esta investigación es la realizada a Juan

Illicachi, quien participó en las protestas de 1990 y ha sido un actor activo en la defensa de los derechos indígenas en Chimborazo.

Los criterios para su selección responden a su experiencia directa en los hechos, su vinculación con los procesos organizativos de la comunidad y su perspectiva sobre la evolución de las luchas indígenas a lo largo del tiempo. En la entrevista, se abordarán aspectos como su participación en las movilizaciones, el impacto del levantamiento en su vida y en la comunidad de Flores, la influencia de la Iglesia en la organización de las protestas y su visión sobre los cambios estructurales que ha experimentado la región desde 1990 hasta la actualidad. Su testimonio permitirá contrastar las fuentes documentales con la memoria oral, enriqueciendo el análisis sobre la transformación social de la comunidad.

El levantamiento indígena de 1990 es un referente para comprender las dinámicas sociales, políticas y culturales del Ecuador contemporáneo. Este acontecimiento marcó un antes y un después en la historia del país, al visibilizar las desigualdades estructurales que durante décadas habían afectado a los pueblos indígenas, especialmente en regiones como la provincia de Chimborazo (Aula, 1993). Bajo el gobierno de Rodrigo Borja Cevallos (1988-1992), el país enfrentaba una crisis económica heredada, que intentó ser paliada mediante políticas de estabilización, pero con costos sociales que impactaron a los sectores más vulnerables. Aunque su administración tuvo logros en el ámbito internacional, como el reconocimiento de Ecuador como miembro del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, internamente su popularidad decayó debido al levantamiento indígena y los escándalos de corrupción que caracterizaron su periodo (Ayala, 2008, 119).

El levantamiento, que tuvo lugar entre el 28 de mayo y el 10 de junio de 1990, fue organizado por la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE) y se extendió a nivel nacional, cerrando las principales vías de la Sierra y realizando movilizaciones multitudinarias en ciudades como Riobamba, Guaranda y Latacunga (Iglesia de Riobamba, 1998, 264). Este movimiento no fue un evento fortuito, sino el resultado de años de organización y resistencia frente a las políticas estatales que perpetuaban la exclusión social y económica de los pueblos indígenas históricamente había sido negado a las comunidades indígenas, relegadas a los páramos y arenales como resultado de políticas agrarias insuficientes y la modernización desigual del agro (Kaltmeir, 2008). La toma de la iglesia no fue espontánea, sino el producto de una planificación estratégica que reflejaba la creciente capacidad de organización de los movimientos indígenas.

El levantamiento indígena no solo visibilizó las demandas por la tierra, sino también la lucha

por la autodeterminación. Este derecho, largamente negado, buscaba permitir a las comunidades indígenas la gestión de sus propios asuntos y una participación plena en la vida pública, desde la elaboración de leyes hasta la implementación de políticas que beneficiaran a sus territorios (Echeverría y Menéndez-Carrión, 1994, 89). Las consignas del movimiento, como “la tierra será nuestra con ley o sin ley” (Pérez, 1992, 18), evidenciaban el desbordamiento de décadas de exclusión y la urgente necesidad de cambios estructurales. Estos actos evidenciaron la íntima relación que los pueblos indígenas tienen con la *pacha mama* y cómo esta conexión estaba siendo amenazada por la contaminación y el uso intensivo de tierras por parte de los grandes hacendados. Si bien la defensa explícita de la *pacha mama* no fue formulada como una consigna central del levantamiento de 1990, esta cosmovisión sí estuvo implícita en las demandas por la tierra, el territorio y la justicia social, articuladas desde una visión ancestral del vínculo con la naturaleza.

El movimiento también marcó un punto de inflexión en el campo identitario y político del país. Con el levantamiento de 1990, los discursos étnicos empezaron a circular con mayor fuerza en los medios de comunicación, logrando que la lucha por el reconocimiento cultural y político de los pueblos indígenas fuera más visible y escuchada (Kaltmeir, 2008, 200). Esto permitió que, en la década de los noventa, el movimiento indígena alcanzara logros significativos en términos de representación política y derechos territoriales, aunque muchas demandas quedaron aún pendientes.

La influencia de la Iglesia Católica, particularmente en Chimborazo, fue decisiva para la organización y movilización de las comunidades indígenas. Monseñor Leonidas Proaño (1910 – 1988), conocido como el "Obispo de los Indios", jugó un papel fundamental al promover la alfabetización y el empoderamiento de los pueblos indígenas a través de las Escuelas Radiofónicas Populares del Ecuador (ERPE).

Estas iniciativas no solo fortalecieron la identidad indígena, sino que también consolidaron redes de apoyo y resistencia que fueron esenciales para el éxito del levantamiento.

Sin embargo, la respuesta del gobierno fue ambivalente. Aunque inicialmente se caracterizó por la represión, con el tiempo se estableció un proceso de diálogo que, aunque incompleto, logró ciertos avances en temas como la reforma agraria y la educación intercultural bilingüe. No obstante, testimonios como los de Juan Illicachi resaltan que muchas demandas, especialmente en Chimborazo, quedaron sin resolver, lo que subraya la necesidad de un análisis más profundo sobre las transformaciones sociales y políticas en la región.

Este estudio, por tanto, busca explorar las reacciones y transformaciones generadas por el levantamiento indígena de 1990 en la comunidad de Flores, a través de entrevistas, revisión hemerográfica y observación directa. Se analizará el impacto de este evento en las dinámicas internas de la comunidad, el papel de la Iglesia y la representación mediática en periódicos locales como *El Espectador*. Esta investigación permitirá comprender cómo un evento de esta magnitud reconfiguró las relaciones sociales y políticas en una de las provincias más representativas de la lucha indígena en Ecuador.

Es así que surge la pregunta: ¿De qué manera el levantamiento indígena de 1990 transformó las relaciones de poder y las dinámicas identitarias en la parroquia de Flores (Chimborazo) entre 1990-2000, considerando la interacción entre los actores comunitarios locales, el papel mediador de la Iglesia Católica y los discursos contruidos por los medios de comunicación locales? En términos específicos, esta investigación tiene como objetivos:

- a. Examinar las dinámicas sociales y políticas dentro de la comunidad de Flores antes, durante y después del levantamiento.
- b. Identificar el papel que desempeñó la Iglesia Católica como mediadora y promotora del empoderamiento indígena.
- c. Analizar las representaciones mediáticas del movimiento en periódicos locales.
- d. Evaluar las transformaciones a largo plazo en la estructura social de la parroquia.

Capítulo 1. Estados del arte y contexto histórico

1.1. Contexto político, social y económico del Ecuador en 1990

El ascenso de Rodrigo Borja a la presidencia en 1988 marcó una etapa de transición democrática en el Ecuador, en la que convergieron la expectativa de reformas progresistas con una grave crisis económica heredada de regímenes anteriores.

Aunque se promovieron avances como el reconocimiento de ciertos derechos territoriales para pueblos amazónicos, el estancamiento de la reforma agraria y el desinterés del Estado por el agro campesino e indígena profundizaron las desigualdades. La falta de acceso a tierras productivas y servicios básicos fue especialmente crítica en provincias como Chimborazo, donde la población indígena había sido históricamente relegada a zonas de páramo y tierras de baja calidad (Aula, 1993; Navarro, Vallejo y Villaverde, 1996).

Según el Plan de Desarrollo y Ordenamiento Territorial del cantón Riobamba (PDOT 2023–2035), el 29,9% de la población del cantón se autoidentifica como indígena, siendo una de las tasas más altas del país. Esta concentración poblacional en áreas rurales, junto con la persistencia de la pobreza estructural y el limitado acceso a servicios públicos, generaron un caldo de cultivo para el fortalecimiento de los movimientos sociales indígenas. La ausencia de inversión pública y la marginación territorial hicieron de la región un epicentro de movilización durante el levantamiento de 1990.

En términos económicos, la década de 1980 cerró con un aumento del desempleo, inflación y endeudamiento externo. Las políticas de ajuste estructural propuestas por organismos multilaterales generaron mayor presión sobre las comunidades vulnerables, mientras que la administración Borja no logró contener la frustración social creciente. La Izquierda Democrática, partido de gobierno, vio erosionada su legitimidad debido a escándalos de corrupción y al uso de represión estatal durante las protestas, incluyendo el levantamiento indígena (Ayala, 2008, 119).

El levantamiento de 1990, liderado por la CONAIE, representó una ruptura con la política tradicional, al posicionar las demandas indígenas como parte del debate nacional. Durante trece días, comunidades de todo el país bloquearon carreteras, ocuparon iglesias y realizaron protestas pacíficas que paralizaron la economía. En Chimborazo, ciudades como Riobamba, Guaranda y Latacunga fueron escenario de movilizaciones masivas, visibilizando las demandas históricas de las comunidades rurales por tierra, educación intercultural, autodeterminación y justicia social (Iglesia de Riobamba, 1998).

En este contexto, es útil contrastar las demandas históricas del levantamiento con la realidad actual del territorio. El Plan de Desarrollo y Ordenamiento Territorial (PDOT) 2023–2035 del cantón Riobamba —principal instrumento de planificación a nivel local— evidencia que, pese al crecimiento urbano en la cabecera cantonal, las parroquias rurales continúan enfrentando altos niveles de pobreza, carencia de servicios básicos y marginación territorial. Esta situación refleja que muchas de las causas estructurales que motivaron el levantamiento de 1990 no han sido superadas, aunque hoy se expresan bajo nuevas formas (PDOT, 2023, p. 165-166).

1.2. Conceptos clave

Ciudadanía indígena se refiere a la construcción de derechos colectivos y mecanismos de participación diferenciada que permiten a los pueblos originarios ejercer su autonomía en el marco del Estado-nación. No se trata únicamente del reconocimiento jurídico, sino de la capacidad efectiva para incidir en la política pública y en la gestión territorial desde sus propios sistemas de organización (Walsh, 2002). En el caso de Flores, esta ciudadanía se expresó en formas de resistencia territorial, apropiación simbólica del espacio y participación en movilizaciones que cuestionaban el monoculturalismo del Estado.

Identidad indígena implica una construcción dinámica que articula elementos culturales, lingüísticos, territoriales y políticos. La identidad no es una esencia inmutable, sino una herramienta de acción colectiva que se activa en contextos de exclusión o resistencia (Hall, 1996). En Flores, esta identidad fue fortalecida por el trabajo pastoral de la Iglesia de Riobamba y las Escuelas Radiofónicas Populares del Ecuador (ERPE), que promovieron el uso del kichwa, la historia oral y la organización comunitaria. Movilización política indígena hace referencia a las acciones colectivas que, desde una perspectiva étnico-territorial, buscan transformar las estructuras de poder excluyentes. Como sostiene Kaltmeier (2008), los movimientos indígenas en América Latina conjugan reivindicaciones materiales con proyectos culturales y políticos alternativos. El levantamiento de 1990 fue una expresión emblemática de esta lógica, al desafiar tanto el modelo económico neoliberal como la estructura estatal monocultural.

A nivel normativo, el marco legal vigente previo al levantamiento ofrecía un reconocimiento limitado de los derechos indígenas. La Constitución de 1979, aunque avanzada en muchos aspectos, no garantizaba autonomía territorial ni participación diferenciada. La Ley de Reforma Agraria de 1964, aún en vigor, había beneficiado principalmente a hacendados y empresarios agrícolas, profundizando la exclusión indígena. En este contexto, las demandas del levantamiento fueron no solo legítimas, sino fundacionales para el nuevo

constitucionalismo plurinacional que se gestaría años después (Echeverría y Menéndez-Carrión, 1994).

A la luz de estas transformaciones históricas, resulta pertinente examinar la situación actual del territorio para identificar las continuidades y rupturas respecto al periodo posterior al levantamiento. En este sentido, el Plan de Desarrollo y Ordenamiento Territorial (PDOT) 2023–2035 del cantón Riobamba ofrece un diagnóstico actualizado sobre las condiciones estructurales que persisten. Los datos del PDOT evidencian que, al 2023, la distribución de tierras sigue siendo desigual: mientras algunas parroquias poseen extensiones agrícolas aptas, otras, como Flores, enfrentan presión sobre el suelo y escasa infraestructura productiva. La pobreza multidimensional, la violencia de género y la migración son problemas persistentes que reflejan una deuda histórica no saldada.

1.3. Influencia de la Iglesia en los movimientos indígenas

La Iglesia Católica, especialmente en la provincia de Chimborazo, desempeñó un papel protagónico en la consolidación de la conciencia colectiva indígena. Esta influencia se manifestó tanto en el ámbito espiritual como en el organizativo, a través de procesos de educación popular, acompañamiento comunitario y mediación política. La figura de Monseñor Leonidas Proaño (1910–1988), conocido como “el Obispo de los Indios”, fue clave para este proceso. Proaño impulsó las Escuelas Radiofónicas Populares del Ecuador (ERPE), que sirvieron no solo para la alfabetización en kichwa y castellano, sino para el fortalecimiento de una identidad crítica y politizada.

La teología de la liberación adoptada por sectores progresistas del clero permitió una reinterpretación del cristianismo desde la perspectiva de los pueblos oprimidos, legitimando la lucha social como parte de un mandato moral. Sacerdotes como Julio Gortaire y Carlos Vera continuaron esta línea pastoral, fomentando redes de solidaridad entre comunidades rurales y promoviendo formas de organización propias, como los cabildos y las asociaciones campesinas (Bellini 2009).

En el caso de Flores, las parroquias rurales fueron espacios donde se entrelazaron las enseñanzas religiosas con la práctica comunitaria. El testimonio de líderes como Juan Illicachi muestra cómo las iniciativas de la Iglesia no solo fortalecieron la autoestima cultural, sino también la capacidad de movilización política. La alfabetización en kichwa, el uso de medios radiales comunitarios y los encuentros interparroquiales permitieron consolidar un discurso colectivo en torno a la tierra, la justicia social y la autodeterminación.

No obstante, desde una lectura crítica, este rol también implicó ambigüedades. Si bien la Iglesia funcionó como puente entre las comunidades indígenas y el Estado, también estableció ciertos límites discursivos que contenían la radicalización del movimiento. Como señala Van Dijk (2003), los actores con alto capital simbólico pueden actuar como “administradores del discurso”, legitimando o atenuando ciertas demandas según su alineación con las élites políticas. En este sentido, la intermediación eclesiástica, aunque útil en el corto plazo, pudo haber generado una dependencia organizativa que restringiera la plena autonomía del movimiento indígena.

Desde una perspectiva antropológica, este fenómeno puede entenderse como un proceso de resignificación simbólica, en el que las prácticas religiosas fueron apropiadas por las comunidades para fortalecer sus luchas. Siguiendo a Geertz (1973), los rituales, símbolos y narrativas religiosas adquirieron nuevos significados al insertarse en un contexto de resistencia. Así, la Iglesia no solo fue un actor externo, sino también un escenario de disputa ideológica y cultural.

1.4. Reacciones institucionales y mediáticas

El levantamiento indígena de 1990 generó diversas reacciones tanto del Estado como de los medios de comunicación. Inicialmente, el gobierno respondió con represión, desplegando fuerzas armadas para intentar controlar las movilizaciones. Sin embargo, la magnitud de la protesta forzó la apertura de procesos de diálogo. La Iglesia Católica jugó nuevamente un papel fundamental como mediadora, facilitando acuerdos como la creación de un fondo de tierras y el reconocimiento parcial de algunas demandas agrarias. No obstante, muchas de estas soluciones fueron incompletas o poco sostenibles en el tiempo (Navarro, Vallejo y Villaverde 1996).

Desde el ámbito mediático, la cobertura del levantamiento en medios locales como *El Espectador de Riobamba* fue ambivalente. Mientras algunos editoriales condenaron las movilizaciones por su impacto económico o por supuestos actos de violencia —como el publicado el 1 de junio de 1990, titulado “Campesinos afectados por la crisis económica” (Maldonado, 1990)—, otros reconocieron su legitimidad y necesidad histórica. Por ejemplo, en la nota “Solidaridad con el levantamiento indígena” (Ruiz, 1990), se evidencian posturas que reivindican la lucha indígena como expresión de dignidad. Esta polarización mediática evidencia las tensiones discursivas entre el campo y la ciudad, así como las disputas en torno a la representación del sujeto indígena.

El Análisis Crítico del Discurso (ACD), propuesto por Teun A. van Dijk (1997, 2003), permite comprender estas dinámicas como luchas simbólicas por la construcción del sentido. Desde esta perspectiva, el levantamiento indígena fue también una confrontación en el plano discursivo, donde el movimiento buscó redefinir conceptos como "autonomía", "interculturalidad" y "justicia social", mientras el Estado y los medios tradicionales intentaron controlar o neutralizar esas narrativas.

La autodeterminación, entendida como el derecho a gobernarse a sí mismos bajo sus propios sistemas normativos y culturales, fue un eje central del discurso indígena. Esta demanda, aunque recogida discursivamente por algunos sectores del Estado, no se tradujo en transformaciones estructurales. En el caso de Flores, la autodeterminación se manifestó en formas concretas de organización territorial, como la gestión comunal del agua, el uso colectivo de la tierra y la participación activa en cabildos y asambleas locales, tal como lo documentan registros de la Iglesia de Riobamba (1998) y el PDOT 2023–2035.

La interculturalidad, si bien se posicionó como concepto clave a partir del levantamiento, ha sido más discursiva que operativa en muchos casos. Según Illicachi (2015), la institucionalización de la interculturalidad a través de la educación bilingüe o las políticas culturales ha enfrentado múltiples obstáculos, especialmente en comunidades rurales. En Flores, la coexistencia entre formas tradicionales de vida y los servicios del Estado ha estado marcada por tensiones, debido a la falta de pertinencia cultural en la mayoría de las intervenciones públicas.

Finalmente, el concepto de justicia social fue resignificado por el movimiento como una demanda de redistribución estructural, no solo económica sino también simbólica. Las comunidades exigieron no únicamente tierra o servicios, sino también respeto a sus saberes, lenguas y cosmovisiones. En este contexto, la criminalización del levantamiento —a través del lenguaje de "orden público" o "caos social" utilizado en medios y por autoridades— constituyó una estrategia discursiva para deslegitimar esas demandas, reproduciendo estructuras de exclusión.

Capítulo 2. Dinámicas sociales y transformaciones en la comunidad de Flores

2.1. Impactos políticos del levantamiento

El levantamiento indígena de 1990 constituyó un hito en la historia política del Ecuador. A nivel nacional, la irrupción de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE) significó el surgimiento de un nuevo actor colectivo con capacidad de incidir en la agenda pública, articular propuestas desde el territorio y disputar el poder político. La creación del movimiento Pachakutik en 1995, como brazo político de la CONAIE, institucionalizó este proceso de ampliación de la representación indígena (Becker 2011).

Desde la teoría de la democracia participativa, este momento supuso un giro desde modelos de representación tradicionales hacia formas de participación directa desde las comunidades. El levantamiento consolidó estructuras de base como cabildos, asambleas comunitarias y organizaciones campesinas que empezaron a influir en la gestión de lo público, tanto a nivel parroquial como cantonal. En provincias como Chimborazo, el acceso de líderes indígenas a espacios de decisión permitió implementar políticas como la educación intercultural bilingüe, el fortalecimiento de la producción agrícola comunitaria y la exigencia de reconocimiento legal de territorios ancestrales (Martínez Novo 2014).

En el caso de Flores, este proceso implicó una transformación de la gobernabilidad local. La gobernabilidad, entendida como la capacidad de los actores sociales e institucionales para coordinar acciones y construir legitimidad política, se redefinió a partir de una mayor autonomía organizativa. Las decisiones en la comunidad dejaron de depender exclusivamente de autoridades tradicionales o del gobierno parroquial, y pasaron a discutirse en espacios ampliados, con participación de mujeres, jóvenes y dirigentes que surgieron del proceso de movilización de 1990. Esto supuso también una reconfiguración del poder simbólico en la comunidad, legitimando nuevas formas de liderazgo y articulación política. El proceso constitucional posterior al levantamiento —particularmente en 1998 y 2008— institucionalizó algunas de las demandas del movimiento indígena, reconociendo la plurinacionalidad del Estado ecuatoriano. No obstante, en comunidades como Flores, persiste una distancia entre el reconocimiento jurídico y su aplicación efectiva, especialmente en lo relativo a la gestión del territorio, el acceso a justicia indígena y la participación efectiva en políticas públicas.

2.2. Transformaciones sociales y culturales

El levantamiento indígena de 1990 también marcó una inflexión en la percepción social del ser indígena en el Ecuador. En comunidades como Flores, donde históricamente la identidad

indígena estuvo asociada a estigmas de inferioridad, pobreza y marginación, el levantamiento actuó como catalizador de una nueva autopercepción basada en el orgullo étnico y la reivindicación cultural.

Previo al levantamiento, el discurso dominante promovía un modelo de integración que exigía la asimilación cultural y lingüística al mestizaje urbano. En el ámbito local, este discurso se traducía en la pérdida progresiva del uso del kichwa, la adopción de vestimenta occidental y el abandono de prácticas comunitarias tradicionales. El levantamiento, sin embargo, impulsó una resignificación de la identidad indígena, posicionándola como eje de dignidad colectiva y de resistencia histórica. En Flores, esto se expresó en el fortalecimiento de la lengua kichwa, el uso público de indumentaria tradicional en ceremonias comunitarias, y la recuperación de formas propias de educación a través de mingas, relatos orales y talleres autogestionados.

La transformación social también se reflejó en la reconfiguración de los liderazgos comunitarios. El movimiento indígena impulsó una mayor participación de mujeres y jóvenes en espacios de decisión. Las entrevistas realizadas a actores comunitarios en Flores indican que, tras 1990, emergieron liderazgos femeninos ligados a la defensa del territorio, la educación y la salud comunitaria. Este cambio supuso una ruptura parcial con los modelos patriarcales tradicionales y favoreció procesos de toma de decisiones más horizontales.

El impacto cultural se evidenció en la relación con el territorio y los saberes ancestrales. En lugar de ser consideradas prácticas atrasadas, las formas de producción agrícola tradicionales fueron resignificadas como modelos sostenibles. En Flores, se formaron asociaciones de productores que retomaron prácticas como la rotación de cultivos, el uso de semillas nativas y la gestión colectiva del agua de riego. Estas transformaciones reforzaron la cohesión comunitaria y la capacidad de resiliencia económica frente a los efectos del modelo agroexportador dominante.

2.3. Dinámicas internas en la comunidad de Flores

Las dinámicas sociales dentro de la comunidad de Flores se vieron profundamente afectadas por el levantamiento. A nivel interno, se produjo una redistribución del poder comunitario, que hasta entonces había estado concentrado en autoridades tradicionales, muchas veces legitimadas por criterios de antigüedad, género o linaje. Tras el levantamiento, el liderazgo comenzó a ser evaluado por criterios como la participación activa, el compromiso con la comunidad y la capacidad de negociación frente al Estado.

Este proceso dio lugar a una mayor apertura de los espacios de toma de decisiones, en los que

mujeres, jóvenes y dirigentes emergentes comenzaron a tener voz. Las organizaciones locales, con apoyo de redes como ECUARUNARI, comenzaron a gestionar proyectos de autogestión productiva, educación comunitaria y defensa del territorio, disminuyendo la dependencia de instituciones estatales.

No obstante, este proceso también generó tensiones internas. Sectores más conservadores de la comunidad, apegados a estructuras jerárquicas previas, vieron con recelo estos cambios, generando conflictos por la legitimidad de los nuevos liderazgos. En particular, algunos caciques tradicionales manifestaron resistencia a la participación de mujeres en asambleas, y otros líderes expresaron preocupación por la influencia de actores externos como ONGs o instituciones religiosas.

Otro aspecto central fue el cambio en las relaciones interétnicas. El levantamiento modificó las dinámicas entre la población indígena de Flores y sectores mestizos, especialmente en contextos como mercados, sistemas de arrendamiento de tierra y relaciones laborales. El conflicto también visibilizó las alianzas estratégicas entre sectores mestizos progresistas y la dirigencia indígena. En Riobamba, por ejemplo, se registraron vínculos entre intelectuales, docentes y miembros de la Iglesia que apoyaron las movilizaciones y facilitaron espacios de formación política.

2.4. Rol de la Iglesia en la comunidad

La Iglesia Católica tuvo un papel decisivo tanto en la organización previa al levantamiento como en la mediación del conflicto una vez iniciado. En Flores y en muchas otras comunidades de Chimborazo, la labor pastoral inspirada en la teología de la liberación promovió una forma de cristianismo comprometida con la justicia social, la alfabetización y el empoderamiento comunitario.

Monseñor Leonidas Proaño, obispo de Riobamba hasta 1985, fue una figura central en este proceso. A través de las Escuelas Radiofónicas Populares del Ecuador (ERPE), promovió la educación en kichwa y la reflexión crítica sobre temas como la tierra, el trabajo y los derechos humanos. Estas iniciativas permitieron que muchas comunidades adquirieran herramientas organizativas que más tarde serían fundamentales para la coordinación del levantamiento. En Flores, varios dirigentes reconocen haber sido formados en estos espacios de educación popular.

El papel mediador de la Iglesia también fue fundamental durante el levantamiento. Como institución con legitimidad tanto entre las comunidades indígenas como ante el Estado, la

Iglesia facilitó espacios de diálogo, ayudó a visibilizar las demandas indígenas y evitó mayores represiones. No obstante, su papel no estuvo exento de tensiones. Algunas voces dentro del movimiento criticaron el tono moderador de ciertos sectores eclesiásticos, que en ocasiones priorizaron la estabilidad por sobre la radicalidad de las demandas estructurales.

Desde una perspectiva crítica, cabe preguntarse sobre los límites de este acompañamiento. Si bien la Iglesia impulsó procesos de organización y empoderamiento, también lo hizo dentro de un marco moral cristiano que limitaba ciertos discursos, especialmente los relacionados con la autonomía plena o el uso de formas de protesta más confrontativas. En este sentido, la acción de la Iglesia funcionó como un canal legitimador, pero también como una forma de contención simbólica del conflicto.

El caso de Flores ilustra cómo esta influencia religiosa fue interiorizada de manera creativa por la comunidad. La apropiación de principios como la solidaridad, la justicia y la dignidad desde una lectura indígena permitió transformar los contenidos doctrinales en herramientas políticas. Más allá de su rol institucional, la Iglesia formó parte del tejido comunitario y de los procesos de formación de ciudadanía indígena en contextos rurales como el de Chimborazo.

Capítulo 3. Voces de flores: testimonios y experiencias del levantamiento

Este capítulo reconstruye, a partir de los testimonios de habitantes de la parroquia rural de Flores, las memorias, tensiones y sentidos colectivos en torno al levantamiento indígena de 1990. Se adopta un enfoque cualitativo y etnográfico, que permite comprender las voces de los sujetos desde sus propios marcos interpretativos, reconociendo sus trayectorias, silencios y resistencias.

Metodología

3.1. Enfoque metodológico

La investigación se basa en entrevistas semiestructuradas realizadas entre agosto y noviembre de 2024, combinadas con observación participante y revisión de documentos comunitarios. Se priorizó la participación de personas mayores que vivieron directamente los eventos de 1990, así como de actores intergeneracionales que pudieran ofrecer visiones heredadas o reinterpretadas del levantamiento. Debido a factores históricos de represión, estigmatización y desconfianza, varios informantes solicitaron mantenerse en el anonimato. Algunos manifestaron explícitamente su temor a que sus nombres 'aparezcan escritos' por posibles represalias políticas o sociales. En respeto a su voluntad, se emplearon códigos alfanuméricos para resguardar su identidad, y se eliminó cualquier dato que pudiera permitir su identificación directa.

3.2. Caracterización de los entrevistados

Se entrevistaron 12 personas con una distribución heterogénea por edad, género, pertenencia étnica, ocupación y nivel educativo. Esta diversidad permitió captar matices importantes entre las vivencias de hombres dirigentes, mujeres comuneras, jóvenes descendientes y sabios comunitarios.

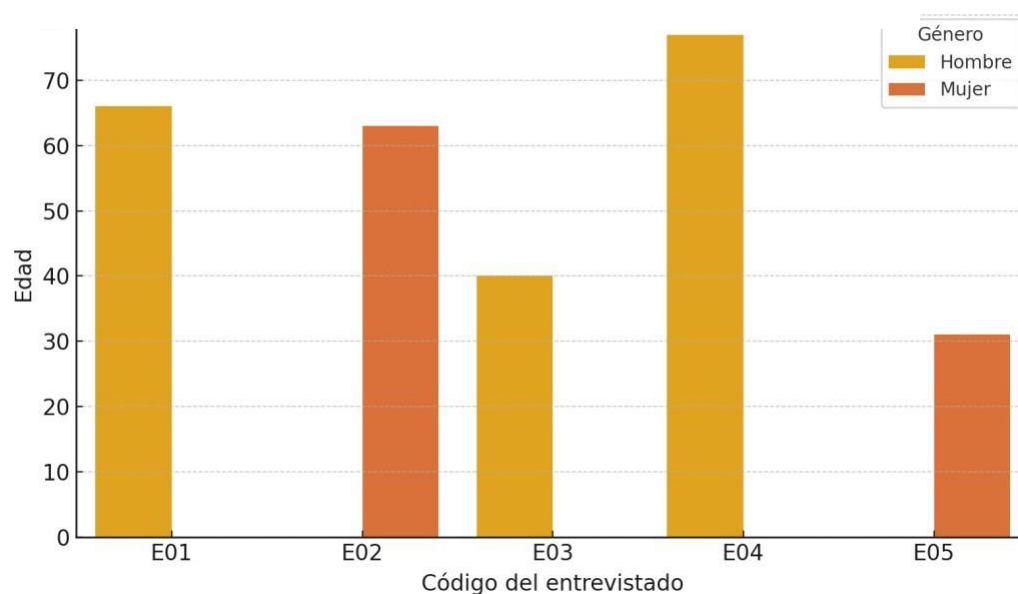
Según datos del PDOT (2023), el 29,9% de la población del cantón Riobamba se autoidentifica como indígena. La parroquia Flores es una de las que conserva mayor continuidad cultural Puruhá, con alta incidencia de pobreza por necesidades básicas insatisfechas, especialmente en vivienda y acceso a servicios básicos.

Tabla 3.1. Caracterización sociodemográfica

Código	Edad	Género	Etnia	Ocupación	Escolaridad	Rol	Nivel socioeconómico
E01	66	Hombre	Kichwa-Puruhá	Agricultor	Primaria	Dirigente comunitario	Baja
E02	63	Mujer	Kichwa-Puruhá	Tejedor artesanal	Sin instrucción	Apoyo en organización barrial	Baja
E03	40	Hombre	Kichwa-Mestizo	Maestro	Superior	Hijo de líder detenido	Media
E04	77	Hombre	Kichwa-Puruhá	Sabio comunitario	Sin instrucción	Narrador de memoria oral	Baja
E05	31	Mujer	Kichwa	Estudiante	Universitaria	Nieta de participante	Media

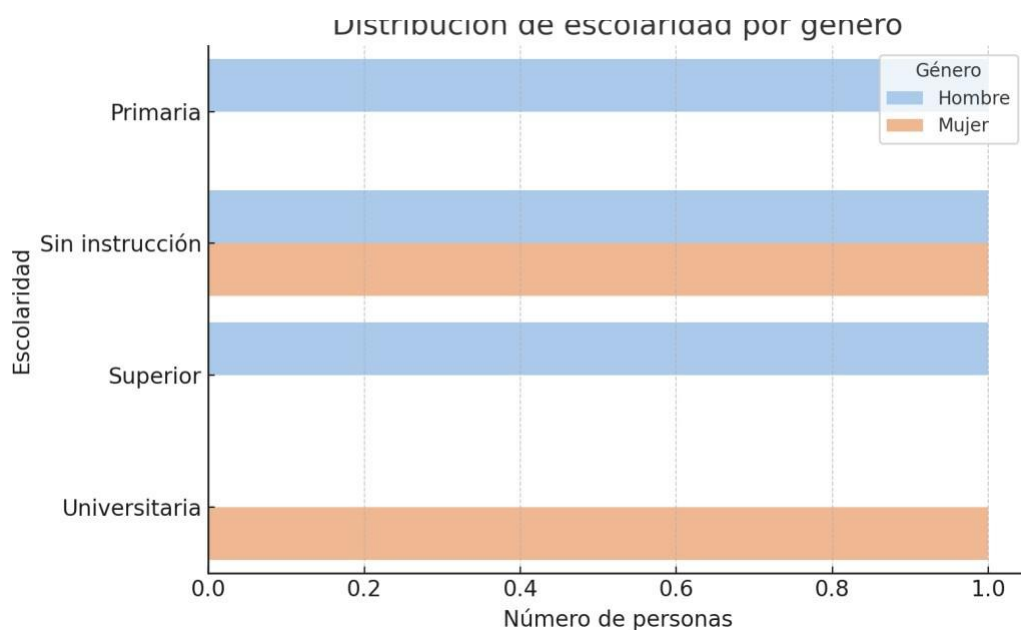
Elaborado por la autora con información del trabajo de campo.

Gráfico 3.1. Edad de las personas entrevistadas por género



Elaborado por la autora con información del trabajo de campo.

Gráfico 3.2. Distribución de escolaridad por género



Elaborado por la autora con información del trabajo de campo.

3.3. Testimonios y categorías emergentes

A partir de los testimonios recogidos en campo, se identificaron tres categorías centrales que permiten comprender los significados colectivos del levantamiento indígena de 1990 en la comunidad de Flores: memoria colectiva, organización comunitaria e identidad política. Estas

categorías no fueron impuestas previamente, sino que emergieron del análisis inductivo del discurso de los participantes, en diálogo con el marco teórico y los antecedentes históricos.

Memoria colectiva del levantamiento

El levantamiento es recordado no solo como un momento de protesta, sino como un hito emocional y afectivo en la historia local. La evocación de roles diferenciados entre hombres y mujeres, como lo menciona E02, pone en evidencia cómo las mujeres sostuvieron logísticamente la movilización desde el espacio comunitario.

Esta memoria colectiva está atravesada por emociones contradictorias: orgullo, miedo, incertidumbre y esperanza. A pesar del paso del tiempo, los relatos muestran que este evento se mantiene vivo en la narrativa oral, aunque algunas generaciones más jóvenes parecen distanciarse de esa experiencia.

Organización comunitaria y autonomía

La categoría de organización comunitaria se expresa en la recuperación de prácticas previas al levantamiento, como las mingas, las asambleas locales y la autogestión. Como afirma E01, la protesta no fue inducida por agentes externos, sino resultado de un proceso de indignación compartida y articulación comunitaria. La figura del sacerdote aparece como acompañante, pero no como dirigente, lo que refuerza la autonomía del proceso. Estos relatos coinciden con los registros históricos que señalan que las movilizaciones en Flores tuvieron una base local sólida, aunque articulada con redes cantonales y provinciales.

Identidad política y continuidad histórica

Finalmente, los testimonios revelan un fuerte componente de construcción identitaria ligada al levantamiento. E03 destaca cómo la dignidad y el respeto fueron motores simbólicos de la protesta, y cómo estos valores se han intentado transmitir a las generaciones siguientes, a pesar de cierta desafección actual. Esta categoría evidencia que el levantamiento no solo tuvo implicaciones materiales, sino también subjetivas, al redefinir lo que significaba ser indígena en ese contexto. La identidad política se configuró en oposición a la exclusión estructural, pero también como afirmación de pertenencia y de agencia colectiva.

3.4. Limitaciones y consideraciones éticas

Aunque se procuró una muestra diversa, algunas voces —particularmente de personas con discapacidad o migrantes retornados— no fueron plenamente incluidas.

Asimismo, el contexto pospandemia y las restricciones de movilidad condicionaron la duración del trabajo de campo. La investigación se guió por los principios de consentimiento informado, confidencialidad y respeto cultural. La información recolectada fue revisada con algunos informantes para garantizar la fidelidad de sus relatos.

Conclusiones

El levantamiento indígena de 1990, lejos de ser un hecho aislado, marcó una ruptura histórica que transformó las formas de organización y resistencia en la parroquia de Flores. Sus impactos más visibles fueron el fortalecimiento de la autogestión comunitaria y la emergencia de una identidad indígena resignificada, con mayor capacidad de interlocución política a nivel nacional. Esta movilización histórica permitió una apropiación simbólica del espacio público, que se tradujo en procesos organizativos más robustos y en la conformación de liderazgos con base territorial.

Uno de los hallazgos relevantes es el rol ambivalente de la Iglesia Católica, que actuó como facilitadora del proceso organizativo mediante la formación de liderazgos, educación popular y apoyo discursivo desde la teología de la liberación. Sin embargo, esta influencia también generó dependencias simbólicas e institucionales que limitaron, en algunos casos, la autonomía política plena de las comunidades. En este sentido, se recomienda promover procesos de formación política laica y autónoma para líderes comunitarios jóvenes, con enfoque de género e interculturalidad, a fin de reducir la dependencia de instituciones externas, incluso cuando estas han sido aliadas históricas.

La resignificación identitaria posterior al levantamiento permitió una revalorización de la lengua kichwa, la educación intercultural y las formas tradicionales de organización. No obstante, persisten tensiones generacionales y de género en torno a la participación comunitaria. Frente a ello, se recomienda implementar programas locales de liderazgo intergeneracional y formación para mujeres indígenas, articulados con instituciones como la Dirección de Educación Intercultural Bilingüe, que fortalezcan la participación horizontal y el relevo generacional desde los saberes propios de la comunidad.

En el ámbito territorial y económico, si bien el levantamiento posicionó demandas estructurales como la redistribución de la tierra, estas han tenido avances fragmentarios. Según el PDOT 2023-2035, la parroquia Flores continúa enfrentando altos niveles de pobreza por necesidades básicas insatisfechas. Por tanto, se sugiere el diseño de proyectos de economía comunitaria indígena, que impulsen circuitos de comercialización propios y soberanía alimentaria, a través de convenios entre el GAD Municipal, organizaciones indígenas y cooperativas solidarias.

Finalmente, el Análisis Crítico del Discurso evidenció cómo los medios de comunicación han influido en la percepción social del movimiento indígena, oscilando entre la criminalización y la romantización. Como respuesta, se recomienda crear espacios de comunicación

comunitaria intercultural, donde los propios actores puedan narrar sus historias y disputen simbólicamente el imaginario dominante. Estas iniciativas podrían articularse con radios comunitarias, casas de la cultura o proyectos educativos vinculados al sistema de educación intercultural.

Los grupos indígenas de la Sierra ecuatoriana, pese a que tuvieron logros importan antes, por medio de la Reforma Agraria, tenían problemas en diferentes aspectos, uno de ellos la distribución de las tierras, discriminación, humillaciones, entre otras. Su organización política de apoco iba tomando fuerzas, gracias al papel desarrollado por la Iglesia ecuatoriana, especialmente por Monseñor Leonidas Proaño, en lo que respecta a la provincia de Chimborazo. La reacción del levantamiento indígena fue inesperada y paralizó al país, pero especialmente a Chimborazo ya que en esta provincia los levantamientos han sido parte fundamental de la historia.

Afortunadamente, la reacción del gobierno no fue violenta y finalmente primo el diálogo. Los indígenas lograron cumplir algunos de los objetivos planteados, sin embargo, no fueron cubiertos del todo y es algo en lo que se debe seguir trabajando.

Al finalizar la investigación, se concluye que los objetivos planteados fueron alcanzados, al corroborar mediante el trabajo de campo, entrevistas y revisión documental los principales ejes de análisis. El uso del Análisis Crítico del Discurso (ACD) permitió evidenciar cómo el periódico riobambeño *El Espectador* adoptó, en varios de sus editoriales y notas informativas, una postura crítica e incluso de rechazo frente al levantamiento indígena de 1990. Esta representación mediática estuvo marcada por un lenguaje que osciló entre la estigmatización y la minimización del conflicto. No obstante, también se identificaron voces disidentes dentro del medio, a través de columnas de opinión y análisis que reivindicaron la legitimidad de las demandas indígenas, lo que da cuenta de las disputas simbólicas en torno a la construcción del discurso público sobre el levantamiento.

Referencias

- Ayala, Enrique. 2008. *II Manual Historia del Ecuador. Época Republicana*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Bellini, Luigi. 2009. *Palabras de liberación. Discursos y homilías de Monseñor Leonidas Proaño 1985–1987*. Quito: Abya-Yala.
- Bourdieu, Pierre. 1991. *Lenguaje y poder simbólico*. Cambridge: Harvard University Press.
- Echeverría, J., y A. Menéndez-Carrión. 1994. “Reflexiones teóricas sobre el problema de la violencia.” En *Violencia en la Región Andina. El caso de Ecuador*, editado por FLACSO Ecuador, 21–42. Quito: FLACSO Ecuador.
- Geertz, Clifford. 1973. *La interpretación de las culturas: ensayos seleccionados*. Nueva York: Basic Books.
- Gobierno Autónomo Descentralizado Municipal del Cantón Riobamba. 2024. *Plan de Desarrollo y Ordenamiento Territorial del Cantón Riobamba 2023–2030*. Riobamba: GADM Riobamba.
- Iglesia de Riobamba. 1998. *Sexto Sínodo. Iglesia de Riobamba. La evangelización inculturada en el presente y futuro de la Iglesia de Riobamba*. Riobamba: Diócesis de Riobamba.
- Illicachi, Juan. 2015. “La educación intercultural bilingüe como proyecto epistémico de los movimientos indígenas en el Ecuador.” *Sophia. Colección de Filosofía de la Educación* 18: 211–229. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=441846095012>.
- Illicachi, Juan, Lorena Garcés, y Raúl Ramos. 2018. *Protestantismo y catolicismo indígena. Desde una perspectiva antropológica*. Riobamba: UNACH.
- Illicachi, Juan. 2015. *Interculturalidad en el Ecuador: Entre el discurso y la práctica*. Quito: Abya-Yala.
- Izko, Xavier. 1994. “El levantamiento de 1990.” En *Violencia en la Región Andina. El caso de Ecuador*, editado por FLACSO Ecuador, 86–129. Quito: FLACSO Ecuador.
- Kaltmeier, Olaf. 2008. *Jatarishun. Testimonios de la lucha indígena de Saquisilí (1930–2006)*. Quito: Corporación Editora Nacional y Universidad Andina Simón Bolívar.
- Macas, Luis. 1992. “El levantamiento indígena visto por sus protagonistas.” En *Indios. Una reflexión sobre el levantamiento indígena de 1990*, editado por Ildis y Ediciones Abya-Yala, 17–36. Quito: Ildis y Ediciones Abya-Yala.
- Maldonado, Edgar. 1990. “Campesinos afectados por la crisis económica.” *El Espectador*, 1 de junio, 5.
- Navarro, Vallejo, y Villaverde. 1996. *Tierra para la vida. Acceso de los campesinos ecuatorianos a la tierra: Opción y experiencias del FEPP*. Quito: Fondo Ecuatoriano Populorum Progressio.
- Pérez, Irene. 1992. “El levantamiento indígena visto por los hacendados.” En *Indios. Una reflexión sobre el levantamiento indígena de 1990*, editado por Ildis y Ediciones Abya-Yala, 37–59. Quito: Ildis y Ediciones Abya-Yala.
- Proaño, Leonidas E. s.f. *Leonidas E. Proaño Villalba. Obispo de Riobamba. Creo en el hombre y en la comunidad*. Quito: Gallo Capitán C.A.
- Rivera, Oswaldo. 1990. “Levantamiento indígena.” *El Espectador*, 19 de junio, 5.

- Ruiz, Oswaldo. 1990. "Solidaridad con el levantamiento indígena." *El Espectador*, 8 de junio, 5.
- van Dijk, Teun A. 1997. *El discurso como interacción social*. Londres: Sabio.
- van Dijk, Teun A. 2003. *Ideología y discurso*. Barcelona: Ariel.